



LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10
Cents.

NO. 11. NUM. 14

ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA CORAZÓN Y DE MADRE

LECTURA

**AÑO II SEMANAL PRE-
NÚM. 14 CIO:
2 FEB. POPULAR 10
1916 CTS.**

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

Honor de esposa y corazón de madre por Ramón Ortega y Frías

Resumen de lo publicado en los números anteriores:

Querubín y María, la hija del poderoso comendador don Pedro de Saavedra, se aman. El orgulloso comendador persigue implacablemente a Querubín, porque quiere casar a su hija con don Leandro de Sandoval, hijo de los condes de Rocanegra. Querubín ignora quiénes son sus padres. Vive pobremente con su protector, don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado, que le recogió a los dos años de los brazos de una pobre mujer, que murió.

Un día, Querubín y su protector se hallaban en casa de su sastre, el señor Policarpo, que habitaba en un portal de misero aspecto, cuando vieron salir del interior a don Leandro de Sandoval. Intrigados, preguntaron al sastre, y éste ocultó el motivo de la visita. En aquella casa vivían también dos mujeres, madre e hija. Llegaron allí diecisiete años antes, sin que nadie supiese quienes eran. Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo. La madre sufrió un ataque de parálisis que la dejó completamente imposibilitada. Pasaron innumerables privaciones. El sastre, compadecido, las ayudaba en cuanto podía. Don Leandro de Sandoval entabló relaciones con Consuelo. Ambos se amaban. Pero al descubrir ella la elevada posición de Leandro, se aterró. Ella desconocía el nombre de su padre. Su nacimiento era un secreto, que sólo su madre sabía; pero la parálisis le impedía revelarlo. Don Leandro consiguió averiguar que el padre de Consuelo era noble, y juró buscarle y obligarle a que reconociese a su hija.

Entretanto, el comendador seguía trazando planes en compañía de su fiel criado Andrés, para vengarse de Querubín y conseguir la boda de su hija con Leandro. En la vida de doña Margarita de Soñis, condesa de Rocanegra, había

(Continúa en la per.última página).

—¿Y luego ?

—Esperé, y cuando comprendí que iba a salir, le cerré el paso.

—Ahora comprendo menos lo que ha sucedido.

—El miserable apagó la luz, y después todo ha sido fácil.

—Ha corrido de un lado para otro: es evidente que había perdido el tino.

—Y ha desaparecido en los momentos en que todos creíamos que no podía escapar.

—¡Andrés, ese hombre vale más que tú!

El criado rugió sordamente y guardó silencio.

—Es preciso adoptar resoluciones extraordinarias.

—Mande vuestra señoría, y obedeceré, porque no me comprometo a luchar con quien tanto vale.

—No te ofendas, Andrés, no te ofendas; pero es preciso que reconozcas...

—Lo reconozco todo, señor.

—Siéntate y hablaremos.

Con esta prueba de distinción quiso don Pedro atenuar el mal efecto que habían de haber producido sus anteriores palabras.

¿Podemos considerar en salvo a Querubín ?

Sí; pero lo que acababa de suceder debía producir el peor de los resultados.

Media hora después el atrevido mancebo, con pasos silenciosos, llegó al desván, saltó por la ventana y atravesó el tejado.

Juana fue en busca de su señora, y le dijo:

—Ya está en salvo.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó María.

—A mí es a quien debéis agradecerlo, porque en tal apuro me he visto...

—¡Juana!...

—¡Dejadme descansar!

Y la doncella, para evitar cierta clase de explicaciones, se fue a su dormitorio, acabó de desnudarse y se acostó.

Algunos minutos después no se oía en la casa otro ruido que el de las voces de don Pedro y Andrés, que conferenciaban como dos buenos amigos.

María se acostó también; pero no consiguió dormir. Su espíritu estaba agitado violentamente.

Empezaba a sonreír la aurora, cuando se cerraron los ojos de la hermosa niña.

También entonces consiguió don Pedro dormirse.

Para todos la situación era más crítica que nunca.

¿Qué decidiría el comendador?

Pronto hemos de saberlo, y veremos que fueron gravísimas las consecuencias de lo sucedido aquella noche.

CAPITULO XXXIX

Lo que determinó don Pedro

María y su doncella esperaban al día siguiente escenas borrascosas; pero se equivocaron, porque don Pedro se vistió a la hora de costumbre, y ni siquiera se cuidó de preguntar por su hija.

Llegó la hora del almuerzo.

La infeliz joven tembló; pero tampoco entonces pronunció el caballero una sola palabra que hiciera alusión a los sucesos de la pasada noche.

¿Qué significaba esta conducta?

No era posible que el comendador se resignase y diera lugar a nuevas burlas; pero como tampoco adoptaba ninguna resolución, supuso la astuta Juana que la situación era mucho más crítica que nunca.

—¿Qué significa la conducta de mi padre?—preguntó María a su doncella.

—No tengo un instante de sosiego—respondió la sirviente.

—Pero ¿qué debemos esperar?

—Vuestro padre calla.

—Su silencio me infunde terror.

—He querido hablar con Andrés.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Parece que a propósito está siempre entre los demás criados, y no he tenido ocasión de dirigirle la palabra. ¿Es esto casualidad? Mucho temo que Andrés empiece a desconfiar de mí, en cuyo caso, y a pesar de su amor, debo considerarme perdida.

—Algún terrible golpe prepara mi padre, pues, de otra manera, no se comprende su extraña conducta.

—¿Y qué podemos hacer? Desde anoche cavilo sin cesar, y os confieso que ya estoy aturdida.

—¿Vendré Querubín?

—Tal vez; pero de nada nos servirá que visite a vuestro padre.

—Preciso es que busques un pretexto para salir.

—¿Y dónde encontraré al señor Querubín o a su padrino? Se han metido en tales enredos, que el tiempo ha de faltarles para acudir a todo: probablemente, andarán por esas calles de Dios sin que sea posible echarles la vista encima.

—Sin embargo, es preciso que lo intentes.

—Lo intentaré, con tal que Andrés no se proponga espiarme.

Una hora después salía la sirviente; pero nada consiguió, y tuvo que volver sin haber visto a Querubín, ni al señor de Guevara.

Verdad es que, aun cuando hubiese conferenciado con

el mancebo, nada habría podido decirle, puesto que el comendador nada hacía.

A las tres de la tarde salió don Pedro.

Entonces la doncella tuvo ocasión de hacerse la encontradiza con Andrés.

Quiso él galantearla; pero ella replicó:

—¡Dejadme, que estoy muy disgustada!

—¿Pues qué os sucede?

—¿Os parece poco lo de anoche? Viéndolo estáis: no tenemos un instante de reposo, y Dios sabe lo que puede suceder.

—¿Y qué os importa nada de eso? Dejad que los dos enamorados se entiendan y salgan del apuro como mejor les sea posible.

—Pero si nuestro señor sospecha que tenemos parte en esta intriga...

—Tranquilizaos, que no sucederá semejante cosa.

—Aun cuando no suceda así, siempre estamos temiendo nuevos y graves disgustos.

—¡Todo se arreglará!

—Envidio vuestra calma, señor Andrés.

—Nada temo, porque mi conciencia está tranquila.

—Os confieso que no sé si me aturde más lo que anoche sucedió o lo que está sucediendo hoy.

—Pues hoy todo ha sido calma.

—Que me infunde mucho más miedo que la pasada agitación. ¿Qué piensa hacer su señoría? He creído que hoy tendríamos toros y cañas, y os digo francamente que cuando le he visto callar, he temblado. Para vos no tiene secretos, y debe de haberos dado a conocer sus planes.

—Pues no me ha dicho más sino que está decidido a que su hija se case muy pronto, cortando así de raíz el mal. Si otra cosa piensa la calla; porque es menester que tengáis entendido que el señor don Pedro se mues-

tra reservado siempre que le conviene. Y no digo más sobre este punto porque me parece mejor empleado el tiempo en hablar de lo mucho que me hacéis sufrir con vuestro desdén, con esa fría indiferencia que es para mí un tormento insoportable.

—Señor Andrés, dejad ahora los galanteos, pues mientras no recobremos la calma no sé lo que hago ni lo que digo. De algún tiempo a esta parte todo lo que sucede en esta casa es incomprensible, es misterioso. Cuando menos se piensa, resulta que nuestra señora, a pesar de toda su timidez y de toda su inocencia, tiene un amante que se introduce en el jardín, que habla con ella...

—Y que se burla de nosotros.

—Se adoptan todas las precauciones imaginables...

—Y ese hombre sigue introduciéndose en la casa; le sorprendemos, y cuando vamos a ponerle la mano encima, desaparece como un fantasma.

—Es decir, que nuestro señor tiene motivos para ponerse en mayor cuidado que nunca.

—Claro es que sí.

—Y, sin embargo, ni siquiera reconviene a su hija.

—Sin duda, se ha convencido de que todo cuanto haga es inútil, y de que el mejor medio es echar sobre otro la responsabilidad de lo que puede suceder.

—¿Sobre quién ha de echarla?

—Sobre un marido; y he ahí por qué quiere que el casamiento con don Leandro se realice cuanto antes.

—Pero mientras eso sucede...

—Vigilaremos a todas horas. Si es preciso, el padre dormirá al lado de la hija, y así será imposible que le engañen.

—¿Cuando una mujer se empeña!...

—Ya lo sé; pero es el caso que mi señor no puede hacer otra cosa, o al menos otra cosa no me ha dicho. Por consiguiente, me encuentro lo mismo que vos, con

iguales dudas, igualmente perplejo, confuso y disgustado, tan disgustado, como que de este asunto depende mi fortuna. Si me amaseis como yo os amo, la situación cambiaría, pues me ayudaríais y averiguaríamos quién es el amante de vuestra señora.

—¿Y qué he de hacer ?

—Ella tiene en vos mucha confianza.

—Para todo menos cuando se trata de ese asunto.

—Si le preguntaseis, si observaseis...

—He observado y he preguntado, porque soy curiosa; pero nada he conseguido.

Inútil fue que Juana prolongase la conversación, pues a lo único que Andrés se encontraba dispuesto era a hablar de su amor.

Mostróse ella algo más sensible que otras veces; pero tampoco así consiguió lo que deseaba.

El día pasó y también el siguiente.

Querubín no se había presentado.

Debía de sufrir mucho, pero tenía que someterse a las circunstancias.

Continuaba el comendador en su misma reserva.

Otro día llegó.

Almorzaron, y a las diez y media dijo don Pedro a su hija:

—Vístete, que vamos a salir.

Fijó la joven en su padre una mirada de sorpresa profunda.

—¿Y adónde hemos de ir ?—preguntó tímidamente la joven.

—¿Para qué quieres saberlo ?

—Para ponerme la ropa que convenga.

—Vamos a la iglesia—dijo don Pedro.

—Supongo que nos acompañará Juana.

—¡Nadiel

—Padre mío...

— ¡Cuando yo mando, se obedece!

— ¡Perdonad! —dijo María.

Y se dirigió a su aposento, llamando a su doncella con pretexto de que la ayudase a vestir, aunque, en realidad, para decirle lo que sucedía.

Pálida y profundamente agitada estaba la hija del comendador.

No era menester más que mirarla para comprender su trastorno.

— ¿Qué pasa? —la preguntó la sirvienta.

— Mi padre me manda vestirme para salir con él.

— ¿Y adónde habéis de ir?

— Dice que a la iglesia.

— ¿A la iglesia?

— Y no ha de venir con nosotros ningún criado.

Juana arrugó el entrecejo y quedó silenciosa.

— ¿Qué intenta mi padre? ¡El corazón me anuncia una gran desgracia!

— Empezamos a ver el resultado de su reserva de estos días.

— Estoy trastornada, y no acierto a discurrir sobre mi horrible situación.

— Vestíos, y entretanto escuchadme.

— ¡Juana, no me abandones en estos críticos momentos!

— ¡Abandonaros! ¿Acaso tenéis motivos para poner en duda mi lealtad?

— ¡Habla, explícate! —repuso María mientras se despojaba de su ropa para ponerse la que su doncella le preparaba.

Algunos minutos de reflexión fueron bastante para que la traviesa doncella, haciendo deducciones, adivinase la verdad, o creyese haberla adivinado.

— Vuestro padre —dijo— desconfía de todo el mundo; quizá hasta del mismo Andrés.

—No lo creo, porque siempre ha sido su confidente, y, en realidad, no tiene motivos para suponer que sea capaz de cometer una traición.

—Entonces, Andrés desconfía de mí, puesto que asegura que ignora lo que proyecta vuestro padre; pero, afortunadamente, yo lo adivino.

—¿Que lo adivinas?

—Sí.

—¿Y qué piensa hacer?

—Desde aquí vais a un convento.

—¡Juana!...

—No tembléis, que en un convento tendréis más libertad que en esta casa.

—Pero ignorando Querubín dónde me encuentro...

—No lo ignorará.

—¿Quién ha de decírselo si tú no lo sabes?

—Vuestro padre comete una torpeza, y aprovecharé la ocasión.

—No te comprendo.

—Cuando salgáis, yo saldré, os seguiré disimuladamente...

—¡Ah!

—¿Entendéis ahora?

—Nos hemos salvado.

—Cuando vuelva vuestro padre, aquí me encontrará.

—Y luego...

—El señor Querubín sabrá todo lo que necesita saber; de manera que debéis esperarle, o por lo menos esperar noticias tuyas, pues habéis de recibirlas cuando menos lo penséis.

Efectivamente; el comendador y su criado, que obraban de acuerdo, habían cometido una torpeza, pues no se les había ocurrido que María, adivinando la verdad, encargase a Juana o a cualquier otro criado que la si-

guiese y que diera luego parte de lo sucedido al amante misterioso.

Siempre se olvida un detalle en esta clase de intrigas, siempre se deja un hilo suelto, y Juana, con admirable habilidad, supo aprovechar la ocasión.

—Ahora—dijo la doncella—guardad silencio, porque si alguien nos observa, no conviene que nos vean hablar. Algún dinero tenéis, y también alhajas; os aconsejo que no las dejéis aquí, pues es posible que las necesitéis, para comprar los servicios de algún criado de la comunidad. Debéis también ir prevenida con papel y pluma, por si tenéis que escribir; y en cuanto a tinta, podéis serviros, en caso necesario, aunque sea de vuestra misma sangre. Todo esto lo ocultaréis en el pecho, entre vuestra ropa, o como mejor os parezca, pues es probable que os hagan desnudaros para que os pongáis el hábito de la comunidad. ¡Basta de explicaciones, mucho disimulo y mucha atención a todo lo que hago!

Esto diciendo, la doncella abrió arcas y cajones, y al mismo tiempo que sacaba las prendas de que su señora tenía necesidad, envolvía en un trozo de lienzo alhajas de bastante valor y las pocas monedas de que podía disponer.

María, secundando a su doncella, guardaba las joyas de modo que era imposible encontrarlas como no la despojasen hasta de la camisa.

Una pluma y algunas hojas de papel iban también en el envoltorio.

Quince minutos después se presentó don Pedro.

Ocupábase la doncella en recoger y guardar las prendas que se había quitado su señora.

—¿Ya estás dispuesta?—dijo el comendador.

—Sí, padre mío—respondió la joven.

Resonó en aquellos momentos el ruido de un carruaje que se detuvo a la puerta de la casa.

¿Quién iba a visitarlos ?

Abrigió María la esperanza de que su padre se viese obligado a recibir a cualquiera de sus amigos, en cuyo caso tendría ella más tiempo para reflexionar y conferenciar con su doncella.

Empero la infeliz se equivocó, porque su padre dijo:
— ¡Vamos!

Obedeció María.

En una antecámara esperaba Andrés, que los siguió. Ningún criado se presentaba para anunciar la supuesta visita.

Bajaron y salieron de la casa, encontrando el carruaje, cuya portezuela abría un lacayo.

Todo lo comprendió entonces María. Su padre había pedido el coche a uno de sus amigos.

¿Llegaría Juana a tiempo ?

— ¡Entra! — dijo el comendador a la joven.

Pero ésta se detuvo, porque de repente se presentó Querubín.

Hizo el anciano un gesto de contrariedad; pero, esforzándose, saludó cortésmente al mancebo.

Luego dijo:

— Andrés se queda, y podéis hablar con él mientras yo vuelvo, pues nos aguardan y no puedo detenerme.

— Nada de particular tengo que deciros — respondió Querubín —; por consiguiente, os veré otro día más despacio.

Ninguna clase de explicaciones necesitaba el mancebo para comprender lo que sucedía, y sólo pensó en averiguar adónde llevaban a la joven.

¿De quién era aquel carruaje ?

Si esto lo hubiera sabido Querubín, nada más habría necesitado; pero lo ignoraba, y pensó que el único recurso era seguir con disimulo al coche para ver dónde se detenía.

Puesto que Andrés se quedaba, no podía ser estorbo para esta clase de observaciones; pero el sirviente, ya porque adivinase la intención del mancebo, ya porque le pareciesen pocas todas las precauciones, dijo:

—Señor Querubín, es preciso que hablemos; y puesto que os encontráis aquí, os ruego que me escuchéis, que no os haré perder más tiempo que el que habéis de emplear en la visita que pensabais hacer a mi noble señor.

¿Había medio de excusarse?

Ninguno.

Y antes de que excusarse pudiera Querubín, el comendador hizo que su hija entrara en el coche, se despidió del protegido del señor de Guevara, dijo algunas palabras al oído del lacayo, y se acomodó también en el interior del pesado vehículo.

Crujió el látigo.

Las dos mulas se pusieron en movimiento.

Muy poco le faltó a Querubín para olvidarse de todas las conveniencias y echar a correr tras del carruaje, dejando con la palabra en la boca al sirviente; pero hizo un esfuerzo, se dominó y consiguió tranquilizarse, con la esperanza de que la doncella le diera explicaciones sobre el suceso, o de que las circunstancias le favoreciesen.

Llegaba el carruaje a la esquina de la calle del Pez cuando el sirviente dijo al mancebo:

—¡Venid!

Y atravesaron el portal.

Al llegar a la escalera encontráronse con Juana, que bajaba presurosamente.

—¿Adónde vais tan de prisa?—le preguntó Andrés atajándole el paso.

—A ver a mi tía, porque, por pronto que vuelva nuestro señor...

—¿No le habéis pedido licencia ?

—No; ni me parece que la necesito, puesto que ahora nada tengo que hacer en casa.

—Si esperáis algunos minutos, os acompañaré.

—Gracias; pero...

—¡Que Dios os proteja!

En tanto que Andrés desplegaba una sonrisa maliciosa, dejaba el paso libre a la doncella.

Ésta salió y miró a todos lados.

El coche había desaparecido.

¿Por dónde ?

No era posible adivinarlo.

Fue Juana hasta la calle de la Luna; desde allí bajó a la del Pez por la de Panaderos, y luego se dirigió a la de los Reyes.

No consiguió más que fatigarse.

Convencióse de que el astuto Andrés había pensado en todo.

Ya que no otra cosa, pensó aprovechar la ocasión para hablar con Querubán, y se puso en acecho a la entrada de la calle del Pez.

A los diez minutos salió el mancebo, y, como guiado por el instinto, fue hacia donde estaba la doncella.

—¡Dios mío!—exclamó Juana con acento de turbación profunda.

—¡Vive el cielo! ¿Qué sucede ? ¡Explicáte, Juana!

—¿No lo adivináis ?

—¿Han llevado a María a un convento ?

—Me parece que no os equivoáis.

—Pero necesito explicaciones más detalladas.

—A mi pobre señora no la ha dicho una sola palabra su padre desde la otra noche.

—¡Oh!

—Después de almorzar le mandó vestirse. Afortunadamente, yo adiviné de qué se trataba; pero de nada

me ha servido adivinarlo, porque ya habéis visto que cuando pensaba seguir a mi pobre señora, ese miserable Andrés me ha detenido.

—Iban en un coche.

—No entiendo lo que sucede.

—¿De quién es el carruaje ?

—Lo ignoro.

Dejóse Querubín arrebatar por la desesperación; pero, mal que le pesase, tuvo que aceptar los sucesos.

Juana le dio cuenta de todos los demás detalles, y para evitar que el astuto Andrés los sorprendiese, se separaron, dirigiéndose cada cual a su vivienda.

¿Se habían equivocado al suponer que a María la llevaban a un convento ?

No se equivocaban.

Si no imposible, muy difícil era averiguar en qué convento habían encerrado a la joven, y, sobre todo, el conseguirlo exigía mucho tiempo, durante el que no se sabía en qué sentido podía cambiar la situación.

Motivos para desesperarse tenía el desdichado Querubín; sin embargo, aun seguía creyendo que la fortuna le protegía.

Tantos conventos había en aquella época en Madrid, que su crecido número hacía doblemente difícil la empresa de averiguar dónde se encontraba la joven.

Juana se había hecho ya sospechosa para Andrés, y esto era una gran desgracia en semejante situación.

Por más que caviló Querubín, no encontró medio para salir del apuro.

Lo mismo les sucedió al señor de Guevara y a Leandro, a quienes el mancebo dio parte de lo que sucedía.

El hijo de la condesa hizo todo cuanto le era posible hacer, poniendo su bolsillo a disposición de sus amigos y aliados.

Cuando se cuenta con dinero abundante, son menos

dificiles todas las empresas, y Querubín aceptó el ofrecimiento para cuando le fuera necesario.

Si Leandro hubiese visto el coche, indudablemente lo habría reconocido, y después no hubiera sido imposible hacer hablar al cochero o al lacayo.

Por de pronto, Querubín se propuso recorrer las calles y paseos, fijando la atención en todos los carruajes, que eran pocos entonces, porque tenía la seguridad de reconocer al que había visto aquella mañana a la puerta de la casa del comendador; pero el que sucediera así dependía de una casualidad, y no es nada consolador que las casualidades sean el único auxilio en las situaciones apuradas.

Dejemos a Querubín para volver al lado del comendador y de su hija.

CAPÍTULO XL

En el convento

Sufría la hija del comendador lo que no puede hacerse comprender.

¿Había conseguido Juana seguir al carruaje ?

Tal vez el sirviente se lo había impedido.

¿Había adivinado Querubín la verdad ?

Sobre todos los peligros de su situación, estas dudas atormentaban a la joven.

Envuelta en su manto, con la cabeza inclinada sobre el pecho y profundamente agitado el espíritu, permaneció silenciosa la infeliz.

Densa palidez cubría su rostro.

No se atrevió a pronunciar una palabra, ni siquiera a mirar a su padre.

Y entretanto el coche avanzaba con cuanta rapidez po-

dfan rodar los carruajes de aquel tiempo. Salieron de la calle del Pez, y entraron en la de la Puebla.

Entonces fue cuando don Pedro de Saavedra rompió el silencio para decir:

—Escúchame.

Levantó la joven la cabeza y fijó una mirada de mortal angustia en su padre, respondiendo:

—Ya escucho, padre y señor.

—No puedes haber olvidado los sucesos escandalosos que en pocos días han tenido lugar, y sin muchos esfuerzos de imaginación se te alcanzará hasta qué punto debe de haber padecido tu reputación, tu honor, que es el mío también.

—¡Padre mío!

—No me digas que conservas pura tu honra, porque así lo supongo, así lo creo; pero eso no es bastante, porque el mundo juzgá por lo que ve, y más fácilmente se inclina a creer lo malo que lo bueno. Todavía se habla en la corte de la burla que sufrí aquella noche en el jardín de nuestra casa, y antes de que tan grave suceso se olvide, otro mucho más grave ha venido a dar cuerpo al escándalo y a convencerme de que el miserable a quien amas no ha de detenerse ante ninguna consideración. No sé si ese hombre cuenta con la ayuda de alguno de nuestros criados.

—Nadie más que yo le favorece.

—Aun siendo así, resulta que de nada sirven las precauciones que adopto; y como es mi deber protegerte y guardar tu honra, me he visto precisado a acudir a resoluciones extremas. Tú te obstinas, desconoces la autoridad de tu padre...

—¡No!

—Pues si reconoces mi autoridad, ¿por qué no me obedeces?

—Me pedís un imposible, padre mío, porque sólo cuan-

do acabe mi existencia dejaré de amar al desgraciado a quien odiáis. No ignoro que con mi amor pongo su vida en peligro, pues que de grandes medios disponéis, y si algún día...

—Esas reflexiones son inútiles ahora—interrumpió don Pedro.

—Vuelvo a escuchar.

—No has de ser esposa de ese hombre.

—Sufriré y me resignaré.

—Don Leandro de Sandoval...

—Su corazón es de otra; ya lo sabéis.

—Pero estoy seguro de que escuchará los consejos de sus padres, y, mostrándose tan sumiso como tú rebelde, no tardará muchos días en solicitar tu amor.

—¡Jamás seré su esposa!

—Pues si al pie del altar te atreves a producir un nuevo escándalo...

—Perdonad; pero ya os he dicho que el valor me sobra para todo.

—Entonces, prepárate a pasar la vida en un convento.

—¡Dios mío!—murmuró María con voz ahogada.

—Si algún traidor hay a nuestro lado, ya no podrá hacer nada en tu favor.

—Os he dicho...

—No volverás a la casa donde has nacido mientras no reconozcas la autoridad de tu padre, porque todo está ya preparado, y ahora vas a quedar encerrada en un convento, donde a todas horas serás vigilada. Nadie, ni los que me han dado pruebas de más lealtad, han de saber dónde te encuentras; y como más o menos tarde he de averiguar quién es ese hombre que se ha burlado de mí, y que te deshonra con tu amor, acabaré con su vida, disipando así hasta tu última esperanza. Tal vez no me conoces bastante bien, María, y tu obstinación

prueba que crees que algún día has de ablandarme con súplicas o he de conmovirme con tus sufrimientos. Te equivocas, porque yo puedo morir, pero ser débil hasta ese punto, no, pues antes que ceder a tus ruegos, antes que verte unida a ese hombre, prefiero verte muerta, a pesar de que te amo con el amor sin igual de padre.

— ¡Sí, muerta me veréis! — replicó la joven, que empezaba a recobrar la energía — ¡Muerta mil veces antes que dejar de amar a la noble criatura que también está dispuesta a sacrificar la vida por mi amor!

— ¡Tú lo quieres, sea!

— ¿Decís que ahora me lleváis a un convento?

— Sí.

— Haced uso de vuestra autoridad, y no me oiréis exhalar una queja.

— ¡Hemos concluído!

Inútil era continuar la conversación.

No quería don Pedro más que prevenir a su hija; lo había hecho ya, y quedó silencioso. Pasaron otros quince minutos.

El carruaje atravesó la calle del Barquillo y entró en la de Santa Teresa, deteniéndose junto a la portería del convento del mismo nombre.

Salió del coche don Pedro, miró a su alrededor, y convenciéndose de que nadie los observaba, hizo bajar a su hija, y ambos entraron en la mansión de las esposas de J. sucristo.

Inmediatamente dieron aviso a la superiora, y bien pronto una novicia se presentó, diciendo al caballero:

— Tened la bondad de seguirme.

Por ser don Pedro quien era y por las recomendaciones que tenía, en vez de llevarle al locutorio, fue conducido con su hija a la celda de la superiora.

Al entrar en el convento sintió la joven que el cora-

zón se le oprimía, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para sostenerse.

Atravesaban claustros, pasillos y sombrías habitaciones. Por todas partes silencio y soledad.

¿Cuándo saldría de allí la desdichada ?

Tal vez nunca.

Detúvose la novicia, abrió la puerta y dijo:

— ¡Entrad !

El comendador y su hija dieron algunos pasos y se encontraron frente a la superiora, que era una anciana de aspecto bondadoso.

El caballero se inclinó, besó con profundo respeto las camándulas que pendían de la cintura de la religiosa, y dijo:

— Reverenda madre, aquí tenéis a mi hija, de la que casi pudiera decirse que su desgracia consiste en su mucha inocencia.

Una leve sonrisa desplegó la anciana, y dirigiéndose a la joven le dijo dulcemente:

— Acercaos, hija mía.

María obedeció.

Sentíase cada momento más trastornada.

Apenas tenía entonces conciencia de su situación.

Cuanto la rodeaba ejercía en su ánimo una influencia inexplicable.

Aquella quietud y aquel silencio aturdíala mucho más que el bullicio del mundo y el ruido más atronador.

La infeliz se dejó caer de rodillas, cogió las descarnadas manos que le ofrecía la superiora, y mientras las besaba, se escapó de sus ojos un raudal de lágrimas abrasadoras.

Quiso hablar, y no pudo, porque se sentía medio ahogada.

— ¿ Por qué lloráis ?— le preguntó la religiosa con acento de ternura— Vais a estar separada de vuestro ca-

rifoso padre; pero, en cambio, en este sagrado recinto nada tendréis que temer de las asechanzas del mundo, y en las prácticas religiosas encontraréis un consuelo, el más dulce. La juventud, arrebatada y trastornada por las pasiones, no comprende que puede existir la dicha sino en medio de la agitación mundanal, y eso consiste en que Satanás, ¡Jesús!, siempre atento a la perdición de las almas, ofusca nuestra razón con sus tentaciones. Ya veréis cómo aquí recobráis por completo la tranquilidad, y bendeciréis a vuestro buen padre por haberos proporcionado una dicha que no tiene igual en el mundo.

— ¡Madre mía!...

— ¡Levantaos, recobrad la calma!...

— ¡Sufro mucho!

— Pues muy pronto tendrá remedio vuestro mal.

Sentóse María, se limpió los ojos y se esforzó en aparecer tranquila.

En pocos minutos había perdido todo su valor; había desaparecido la rara energía de que la hemos visto dar pruebas.

No contaba con esto la desgraciada joven, pues creía que en todas partes, y cualesquiera que fuesen las circunstancias, tendría el mismo valor y las mismas fuerzas, fuerzas y valor que antes le había comunicado su amor intenso. Pensó en Querubín y quiso verle con los ojos del alma, como siempre le veía; pero le pareció que la interesante figura del mancebo se le presentaba con vagas formas.

No brillaban como siempre los negros ojos de Querubín, pues los velaba una ligera nube.

¿Significaba aquello un anuncio de separación eterna?

Tembló María y tuvo que esforzarse nuevamente para no exhalar un grito.

Inclinó la cabeza, fijó la mirada en el suelo y quedó inmóvil como una estatua.

—Reverenda madre—dijo el comendador—, os he dado ya toda clase de explicaciones, y nada tengo que añadir.

—Descuidad, que quedaréis satisfecho.

—Por mucho que yo os diga, es poco para encarecer la necesidad de la más exquisita vigilancia, pues el miserable que se burla de mí y pretende manchar mi honor parece dotado de un poder sobrenatural.

—Comprendo; le protege Lucifer—dijo la religiosa.

Y se santiguó devotamente.

—Ese hombre se introduce en todas partes sin que se sepa cómo, desaparece, y hace tales cosas...

—Eso no puede suceder en esta santa mansión.

—Lo supongo así, y por eso he decidido que aquí permanezca mi hija hasta que se resuelva la grave cuestión de su casamiento.

El día anterior había tenido don Pedro una conferencia con la superiora, a la que dio toda clase de explicaciones, y, por consiguiente, no necesitaba volver otra vez sobre el mismo asunto.

Aunque no se había pensado que María profesase, debía quedar allí en clase de novicia o educanda, indemnizando a la comunidad el comendador con una crecida cantidad.

Muy poco más hablaron, y don Pedro se despidió con palabras corteses, abrazó a su hija y salió.

—Ahora—dijo la superiora a María—vais a instalaros en vuestra celda. Tendréis que cambiar de ropa, porque en esta santa casa no debe haber nada que recuerde el mundo. Luego asistiréis al coro con la comunidad, y después que hayáis dirigido vuestras súplicas al Omnipotente os sentiréis mucho más tranquila.

Por toda contestación dejó la joven escapar un penoso suspiro.

Llamó la anciana, presentáronse dos religiosas, y les

dio las órdenes oportunas para que María quedase instalada en su celda.

—Venid, hermana—oyó la desgraciada joven que le decían.

Maquinalmente se puso en pie, y con paso vacilante siguió a las dos monjas.

Mientras andaba miraba a su alrededor.

Todos los objetos presentábanse a sus ojos con vagas formas.

Parecíale que la luz del sol no brillaba como siempre. Al pasar cerca de una ventana descubrió el cielo, le miró, y creyó que éste había perdido su transparencia.

En el interior de su cabeza resonaba un sordo zumbido.

Todos sus miembros temblaban convulsivamente.

La fiebre la devoraba.

No hubiera podido decir si estaba dormida o despierta.

¿Era todo aquello una pesadilla ?

¿Era una espantosa realidad ?

Por desgracia, no la engañaban sus sentidos.

Entró en una celda.

Presentáronle las ropas que debía vestir, y le preguntaron si quería que la ayudasen a cambiar de traje.

—¡No!—respondió la desdichada.

La dejaron sola.

Siempre como el autómatas que obedece a sus resortes, se quitó el manto y el vestido y se puso el hábito.

Luego se asomó a una ventana, descubriendo una extensión de tierra cubierta de verdura.

Era el jardín y la huerta del convento.

Algunas religiosas vagaban por allí.

Más allá de las tapias veíanse las techumbres o las ventanas de algunos edificios. El silencio continuaba siendo absoluto; un silencio que para la joven tenía mucho de lúgubre.

Así pasó largo rato.

Las fuerzas de María se agotaban.

Comprendió al fin que estaba enferma, y pensó en el dinero, las alhajas y el papel que había guardado.

Si su salud se alteraba gravemente, los esfuerzos de su voluntad serían inútiles, se veía postrada y tal vez privada de conocimiento.

En semejante caso su tesoro daría en manos de las enfermeras, y se adivinarían fácilmente sus intenciones.

Era preciso evitar que sucediera así, porque quizá de aquel dinero dependía su suerte.

En la celda no había más muebles que la cama, por cierto bien humilde, dos sillas y una pequeña mesa sin cajón.

Sobre la mesa había un crucifijo.

En una de las paredes, y sobre la cama, veíase un cuadro bastante grande con la imagen de la madre del Redentor.

¿Dónde ocultar el tesoro?

Entre las ropas del lecho sería bien pronto encontrado, y sobre la mesa no podía quedarse.

Caviló María en cuanto le era posible cavilar entonces.

Nunca tuvo tanta necesidad del ingenio fecundo de su doncella.

Fijó una mirada suplicante en la imagen de la Virgen y exclamó:

— ¡Madre de los afligidos, protegedme!

Y en su febril extravío creyó que la santa imagen se movía.

— ¡Ah! — exclamó la joven un momento después.

Ya había encontrado lo que buscaba.

Acercóse al cuadro, y entre éste y la pared colocó el pequeño envoltorio, aplastándolo antes para que ocupase poco lugar.

Todo quedó perfectamente arreglado.

No pudo María resistir más, y se dejó caer pesadamente en una silla, pronunciando el nombre de Querubín.

Resonó una campana.

La joven se estremeció violentamente.

Abrióse la puerta y asomó una religiosa, diciendo con voz nasal:

—¡Al coro, hermana!

Todavía pudo obedecer María.

Salió de la celda, atravesó claustros y habitaciones, y se encontró en el coro, donde la luz era muy escasa.

Por entre las barras del enrejado miró al templo.

Le pareció que todos los objetos se movían, cambiaban de forma, crecían unas veces y otras menguaban.

Resonó el cántico monótono de las religiosas.

Apoyó la infeliz joven su abrasada frente en la reja, experimentando cierto consuelo al sentir el frío de los hierros.

No se movió.

Pasó no sabemos cuánto tiempo.

Las religiosas se pusieron en pie para salir del coro, y una se acercó a la joven, diciéndole:

—Ya hemos concluído.

María no respondió.

—¿No me habéis oído, hermana?—repuso la monja.

Y puso una mano sobre uno de los hombros de María, moviéndola para llamarle la atención.

Tambaleóse el cuerpo de la hija del comendador, y cayó pesadamente sobre el pavimento.

La monja exhaló un grito de terror.

Acudieron las demás y gritaron también.

—¡Muerta!—exclamaron algunas.

Y casi todas huyeron despavoridas.

— ¡Silencio y quietas!—decía la superiora con imperioso tono.

Pero la verdad es que ella tenía tanto miedo como las demás, si bien supo dominarse, y se acercó a María para examinarla detenidamente.

—Palpita su corazón—dijo la anciana—. ¡Loado sea Dios! Esto no es más que un trastorno pasajero. La llevaremos a su cama, vendrá el médico, y se dará aviso al comendador. ¡Jesús, Jesús! ¡He aquí las consecuencias de los extravíos de la juventud, las consecuencias de las pasiones! ¡Dios nos asista! ¡Aprended! ¡Esta es la obra de Satanás! ¡Jesús, María y José! ¡Vamos, vamos! ¿Qué hacéis? ¡A la cama, y que el hermano Canuto vaya inmediatamente en busca del doctor, y luego!... ¡Pero no; yo escribiré a don Pedro! ¡Mal principio! ¿Cómo concluiremos? ¡Dios tenga misericordia de esta infeliz!

Cuando se convencieron de que María no estaba muerta, acercáronse a ella y la llevaron a su lecho.

Entretanto, el hermano Canuto, que era el demandador del convento, corría en busca del doctor.

Pasados aquellos primeros instantes de agitación y de susto, las monjas, como no tenían otra cosa que hacer, ocupáronse en murmurar,

Preguntábanse quién era la joven de los rubios cabellos y los azules ojos, y por qué la superiora había hablado de mundanales pasiones, de extravíos, de tentaciones de Satanás.

Estas palabras dieron lugar a muchos comentarios.

Llegó el médico.

Ya había recobrado el conocimiento María; pero empezaba a delirar.

El buen doctor arqueó las cejas, hizo un gesto de disgusto y murmuró:

—¡Esto me desagrada, porque está oscuro, muy oscuro!

—¿Hay peligro?—preguntó la superiora.

—Reverenda madre, ya sabéis que siempre hay peligro de morir, y cuando el cuerpo enferma, mucho más.

—Pero quiero decir si la dolencia...

—¡Es grave, muy grave!

—Tengo motivos para creer que en este trastorno hay algo de sobrenatural; si os parece conveniente, principiaremos por un exorcismo....

—Perdonad, reverenda madre; pero mi sistema es otro para la curación de las fiebres.

—Recetad, y observaremos...

—Dadme pluma y papel.

Con letras como puños, escribió el buen doctor el *récipe*, dando luego las explicaciones necesarias.

—Esta joven—le dijo la superiora—no hace más que algunas horas que se encuentra aquí.

—Lo he supuesto, porque veo que todavía tiene la cabeza empolvada.

—No puedo deciros su nombre; pero es una ilustre dama.

—También yo sé adivinar fácilmente, y como no soy curioso, no quiero saber más.

—Habiendo peligro, avisaré a su padre.

—Me parece que así debéis hacerlo, siquiera para poner a cubierto vuestra responsabilidad.

—¿Volveréis luego?

—Al anoecer, porque necesito ver los efectos que empieza a producir mi receta.

El médico había dicho que no era curioso, y, precisamente, la curiosidad era su flaco.

—¿Quién será esta hechicera joven?—se preguntó cuando salía del convento.

La superiora escribió a don Pedro de Saavedra, y entregó la carta al hermano Canuto para que la llevara a su destino.

CAPÍTULO XLI

El secreto peligra

El hermano Canuto era un tipo raro en todos sentidos.

Tenía cuarenta y cinco años, y hacía ya más de veinte que prestaba sus servicios a la comunidad de Santa Teresa.

Daba mucha importancia a sus funciones, y con toda su alma creía que representaba un gran papel, que era muy difícil hacer lo que él hacía, y que si llegaba a morir, se verían las monjas muy apuradas para reemplazarle.

No hay que decir que el hermano Canuto tenía una inteligencia muy escasa; pero, en cambio, podía envanecerse con su honradez y con su lealtad a toda prueba, pues bien puede asegurarse que era un hombre incorruptible.

No podemos decir si era más timorato, más religioso y aun más fanático que las mismas monjas, lo cual sentaba muy bien a su condición.

Era de regular estatura, pero flaco; de modo que su nombre de bautismo le cuadraba muy bien.

Sencillo en sus costumbres, apenas tenía algunos amigos, y no salía del convento sino para cumplir las órdenes de las buenas madres.

Era muy escrupuloso, y hasta minucioso, cuando se trataba de sus deberes, resultando que nunca hubo motivo para dirigirle la más leve reconvención.

Hablaba poco, muy poco, y para que lo hiciese era menester que le interrogaran.

No le gustaba estar ocioso: cuando otra cosa no tenía que hacer, iba a la huerta y ayudaba en sus faenas al hortelano.

Por sus servicios recibía una retribución mezquina; pero vivía bien, porque era de esas criaturas que desconocen la ambición y que apenas tienen necesidades.

Moraba en el mismo convento, en una habitación desde donde podía acudir prontamente lo mismo al llamamiento de las monjas que al del padre capellán.

El hermano Canuto era feo, y difícilmente hubiera interesado a ninguna mujer, si se hubiese propuesto interesarla.

Generalmente parecía que estaba de mal humor, pues casi siempre tenía el entrecejo arrugado, y no había nadie que le hubiera visto sonreír.

Además, hablaba con aspereza, y nunca tuvo para persona alguna palabras verdaderamente agradables, pues se concretaba a expresar lisa y llanamente lo que era menester.

Con tales condiciones, puede comprenderse que el hermano Canuto no había de servir para favorecer a la hija del comendador en sus amorosas intrigas; es decir, que esto empeoraba la situación de los desgraciados amantes.

Tomó la carta, escuchó respetuosamente a la superiora, se caló el sombrero de anchísimas alas, se embozó en su capa, y se encaminó a la calle de San Bernardo.

Eran las cinco de la tarde cuando entró en la morada del padre de Marfa.

—¿Adónde vais, buen hombre?—le preguntó el portero.

—¿No habita aquí el señor comendador don Pedro de Saavedra?

—Aquí habita.

—Pues traigo una carta que he de entregarle en su propia mano, a menos que haya salido.

—¿De parte de quién venís ?

—Me envía la muy reverenda madre superiora del convento de Santa Teresa.

—Eso es otra cosa. Subid, que en el cuarto principal encontraréis quien atienda vuestra demanda.

He ahí cómo el secreto empezaba a publicarse; pero, afortunadamente para el comendador, ni al portero había de ocurrírsele hacer mención de este incidente, ni nadie había de preguntarle, puesto que nadie sospecharía que una casualidad le había hecho saber lo que todos ignoraban.

Subió el hermano Canuto y se encontró con uno de los criados, que le dirigió las mismas preguntas.

El demandadero dio igual respuesta y enseñó la carta.

—Esperad—dijo el sirviente—, que voy a dar aviso a mi noble señor.

Y entró en el aposento donde el comendador estaba, diciendo:

—Acaba de llegar un hombre con una carta que quiere entregar a vuestra señoría.

—¿Quién es ?—preguntó bruscamente don Pedro.

—Le envía la madre superiora del convento de...

—¡Silencio!—interrumpió vivamente el anciano.

El sirviente quedó aturdido.

—¿Quién estaba presente cuando ha llegado ese hombre ?

—Nadie, señor, nadie; y sentiré haber cometido una torpeza...

—¡Si alguien llega a saber que me han traído esa carta, puedes considerarte perdido!

—Descuide vuestra señoría; pero si mientras estoy aquí algún otro criado...

— ¡Basta!

Don Pedro se puso en pie, salió del aposento, y fue adonde estaba el hermano Canuto.

— ¡Dadme esa carta!—le dijo.

—Tengo que advertir a vuestra señoría que, como por escrito no puede expresarse nadie lo mismo que de palabra, la muy respetable y muy reverenda...

— ¡La carta, la carta!

—Si he de cumplir mi deber...

— ¡Vive el cielo!—exclamó el anciano con tono de impaciencia.

El hermano Canuto se santiguó devotamente, y a pesar de la cólera del caballero no se intimidó, sino que, decidido ante todo a cumplir su deber, repuso:

—Perdone vuestra señoría; pero...

—¿Acabaráis de darme la carta?

—Antes las explicaciones, porque así lo ha dispuesto la muy reverenda...

— ¡Imbécil!

—Caballero, no me dejaré maltratar, siquiera porque represento a una persona de tan elevada jerarquía como la muy reverenda...

— ¡Oh! ¡No hay paciencia para tanto! ¡Si otra vez nombráis a esa señora!

—La nombraré, porque así me lo han mandado.

— ¡Dadme la carta, o de lo contrario!...

— ¡Antes me dejaré matar!—interrumpió con firmeza el demandadero.

— ¡Sois un estúpido!

—Pero, en cambio, soy honrado.

— ¡Lleve el diablo vuestra honradez!

— ¡Jesús!—exclamó Canuto volviendo a santiguarse, porque más que las amenazas le asustaban los juramentos y blasfemias.

—Aquí no puede nombrarse a esa respetable señora—

dijo el comendador—, y vuestra señora os hará comprender que con vuestra tenacidad estáis comprometiéndola.

—¡Dios me proteja!

—¡No necesito ninguna explicación!

—Pero es que se trata de vuestra hija...

—Ya lo supongo.

—Y aunque la enfermedad parece de consideración.

—¿Qué enfermedad?

—La suya, señor; la suya.

—¿Mi hija enferma?

—Hay esperanzas de que todo se remedie con unos cuantos exorcismos, pues, por más que el médico diga que tiene otro sistema, como buena cristiana, la muy reverenda madre superiora...

—¡Si no me dais la carta, no respondo de lo que haré!

Esto lo dijo don Pedro con tono de tan terrible amenaza, que al fin el hermano Canuto tembló y entregó el papel.

Leyó el caballero.

Su rostro palideció.

Volvió a leer.

Se contrajo su frente.

—¡Está bien!—dijo después de algunos momentos con voz alterada.

—¿He de llevar respuesta?

—Decid que iré.

—¿Nada más?

—¡Nada!

—Pues que Dios guarde a vuestra señoría.

Calóse otra vez el hermano Canuto su sombrero, embozóse y salió de la casa.

Don Pedro volvió a su habitación.

—¡Enferma!—murmuró con voz sorda— ¡Y el médico no responde de lo que sucederá! ¡Oh!...

Se pasó las manos por la frente, y después de algunos minutos dijo:

—¡No cederé! ¡Antes verla muerta que casada con ese miserable, porque antes que la vida es el honor!

Cuando pronunciaba estas palabras se presentó la doncella, que iba a pedir licencia para salir. No tuvo la sirviente que hacer más que mirar a don Pedro para convencerse de que algo muy grave sucedía.

No pasó para ella inadvertida la circunstancia de tener el caballero un papel en las manos.

—¿Qué quieres?—preguntó el señor de Saavedra con áspero tono.

—Nada, señor; nada... No es cosa urgente... ¡Perdone vuestra señoría!—dijo la doncella.

Y desapareció.

Don Pedro dejó la carta sobre una mesa, dio algunos paseos por la habitación, y luego se dispuso a salir para ir al convento.

Pocos minutos después dijo a uno de sus criados:

—Cuando venga Andrés que me aguarde.

Se fue, y entonces Juana pensó que le convenía averiguar por qué su señor estaba tan pálido y tan preocupado.

—El papel—dijo para sí la doncella—debe de ser una carta. ¿De quién? Alguien la habrá traído: eso lo averiguaré fácilmente.

No era tan fácil como ella creía, pues cuando se dirigió a su compañero, es decir, al mismo criado que había hablado con Canuto, encontróse con una reserva impenetrable.

—¡Mal humor se conoce que tiene nuestro amo!—dijo la doncella.

—Creo que sí—respondió el otro.

—Sin duda, esa carta que ha recibido...

—¿Qué carta?

—Le he visto leer una.

—Pues nadie ha venido.

—¿Estáis seguro de lo que decís ?

—Tan seguro; como que Andrés se encuentra fuera de casa y no hay nadie más que yo para recibir los recados.

—Pues ello es que nuestro señor leía.

—Lo cual me parece que no tiene nada de particular.

Creyó la doncella que se había equivocado en sus apreciaciones; pero no se dio por vencida.

Entró en el aposento de su señor, y vio la carta sobre la mesa.

—¡Y no sé leer!—exclamó desesperadamente.

Guardar el papel para entregárselo a Querubín al otro día era muy arriesgado, porque el comendador le echaría de menos.

Tampoco el otro criado sabía leer, y Juana no podía pedirle ayuda con pretexto de satisfacer su curiosidad.

Pensando estaba cómo salir del apuro, cuando oyó la voz de Querubín, que hablaba con el sirviente en la habitación inmediata.

No pudo la doncella contener un grito de alegría.

Sin embargo, con la lectura de la carta no conseguirían más que saber que María se encontraba gravemente enferma; pero no en qué convento la habían encerrado.

Juana corrió para salir al encuentro de Querubín.

CAPÍTULO XLII

El ingenio y la desesperación de Querubín

Los criados del comendador tenían orden de recibir a todas horas a Querubín, y como éste dijo que esperaba, le hicieron pasar a las habitaciones que ocupaba don Pedro.

un terrible secreto, que ni su hijo Leandro había podido descubrir, a pesar de intentar al ver que su madre sufría torturada por algún lejano recuerdo.

A los quince años se enamoró de un rico caballero, llamado don Juan de Monzón. Cuando más se querían, don Juan tuvo que huir a París por haber tenido un duelo. La familia de doña Margarita aprovechó esta coyuntura para obligarla a casarse con el conde de Rocanegra, hombre perverso, que la hizo desgraciada. Tuvo con él un hijo: Leandro; el conde tuvo que marchar, nombrado virrey, a la India, y al poco tiempo llegó la noticia de su muerte. Entretanto, don Juan de Monzón había regresado. Reanudó sus amores con doña Margarita, y el destino les dio un hijo: era Querubín, y don Juan le confió a una mujer para que le criase en secreto. La misma noche fue asaltado por unos ladrones, que le dejaron gravemente herido. Entre la vida y la muerte pasó largo tiempo, durante el cual el conde de Rocanegra, que no había muerto, como se decía, regresó a Madrid. Al curarse, don Juan quiso averiguar el paradero de su hijo, pero no logró encontrarle. Se retiró a vivir a su palacio, mientras la condesa sufría al infame conde. Sólo una persona sabía el secreto de aquellos amores: el comendador don Pedro, que ruímente lo había averiguado, valiéndose de su amistad con don Juan, cuando este estaba moribundo. Hizo gestiones, y llegó a averiguar que Querubín era aquel hijo. Pero lo que ignoraba era que fuese el amado de su hija. Deseando que María se uniese a la casa Rocanegra, propuso esa unión. La condesa se lo dijo a Leandro; pero este, enamorado de Consuelo, contestó que quería casarse por amor, no a la fuerza, y que María no le quería a él. La condesa, que idolatraba a su hijo, comunicó esta decisión a don Pedro. Este descubrió a la condesa que conocía su secreto y que sabía dónde se encontraba el hijo perdido. Pero solamente lo haría con la condición de que Leandro se casara con María. En caso contrario, se lo contaría todo al conde.

¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre!

Mientras se desarrollan todas estas escenas, el señor de Guevara obliga al sastre a que le descubra el secreto de los amores de Leandro. Y para que Querubín tenga un nombre noble, decide reconocerle públicamente como hijo suyo.

El sastre corre a casa de don Leandro y le cuenta lo ocurrido. Ambos creen que el protegido del señor de Guevara está enamorado de Consuelo.

Querubín ronda la casa de María y consigue ponerse al habla con la doncella Juana.

Esta, para que Querubín consiga entrevistarse con su amada, convence a una mujer que habita en una guardilla lindante con el palacio para que le deje por allí pasar al tejado, y de éste a las habitaciones. Querubín descubre a María los amores de Leandro y Consuelo; y María se los relata luego a su padre, como un motivo más para rechazar esa boda. El comendador averigua que la amada de Leandro es una hija suya, que abandonó tiempo atrás, e implacable, decide quitarla de en medio y realizar la unión de María con Leandro, cueste lo que cueste. Para ello vuelve a visitar a la condesa de Rocanegra, y le pone al corriente de lo que sucede, ocultando que Consuelo es hija suya, y en cambio, calumniándola.

La condesa va a casa de Consuelo a cerciorarse de si la muchacha es o no digna de su hijo. Allí encuentra casualmente a su esposo, el conde, y se entera de que intenta seducir a la amada de su hijo, ayudado por una infame vieja que habita en otro de los pisos.

El conde divisa a la condesa en el oscuro patio, y creyéndola una joven bonita quiere obligarla a descubrirse. En tan crítico momento, acude Leandro, acompañado de su fiel criado Pedro, y comienza a batirse con su padre, mientras el criado facilita la huida de la condesa. En el curso del combate se reconocen padre e hijo y envainan las armas.

Leandro sabe que su madre conoce sus amores y no ignora que es don Pedro quien se los ha descubierto; pero cree que a éste se los ha contado el señor de Guevara, protector de Querubín, y se promete pedirle cuentas.

Lo que no comprende es por qué está su padre en aquella casa. En cambio, el conde descubre su secreto, y con malos propósitos habla con la condesa para impedir aquellos amores. La condesa, con el alma destrozada, habla más tarde con Leandro, y aunque le hace grandes elogios de Consuelo y le asegura que es dignísima de casarse con él, le pide que se case con María.

Leandro decide descubrir el terrible secreto que fuerza a su madre a obligarle contra su voluntad a esa boda.

Querubín entabla amistad con Andrés, el criado de don Pedro, y le hace creer que el novio de la hija del comendador es un amigo suyo. Al relatárselo luego el criado a don Pedro, éste decide obligar a Querubín a que le descubra el nombre del amante de su hija.

Leandro, desesperado, se entrevista con Querubín y con el señor de Guevara. Y al deshacerse los anteriores errores y convencerse de que son amigos en vez de rivales, se alían para defender recíprocamente su felicidad.

El señor de Guevara descubre que el comendador es quien fuerza a la condesa para que obligue a Leandro a casarse con María; pero ignoran por qué causa tiene tal ascendiente.

También descubren los planes del padre de Leandro y deciden vigilarle.

El padre de Leandro, a su vez, se alía con el comendador, y ambos deciden secuestrar a Consuelo, ayudados por el criado Andrés.

Luego el comendador hace ir a su casa a Querubín, y le dice que conoce el secreto de su nacimiento. Pero que no le descubrirá quienes son sus padres hasta que él, a su vez, le diga el nombre del amante de su hija María.

Querubín, en tan terrible situación, calla y le dice que lo pensará.

Desesperado corre a contárselo al señor de Guevara.

Juana, la doncella fiel de María, ha oído, oculta, la conversación de Querubín y el comendador y se la cuenta a su ama.

El señor de Guevara conferencia con el comendador, tratando de arrancarle el secreto del nacimiento de Querubín; pero no lo consigue.

Andrés, el criado, cree que Querubín está enamorado de Consuelo, la amada de Leandro, y propone al conde de Rocanegra servirse del muchacho para secuestrarla y luego dejarle chasqueado.

Querubín, entretanto, se propone enseñar a escribir a la madre de Consuelo, Mariana, para que les descubra el secreto del nacimiento de su hija.

En una de las entrevistas diarias que Querubín tiene con su amada, penetrando en el palacio por el tejado, es descubierto por la servidumbre.

Le persiguen, le acorralan y logra esconderse en un gabinete, aguardando la ocasión de escapar.

COLECCIÓN ENIGMA

NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO

TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. MARX	Ruñidos	11	G. LEROUX	El corazón secuestrado
2	"	El bufón por sacrificio	12	"	Roulettable en Rusia
3	"	¡Por ella!	13	LE ROUX	El naufragio del espacio
4	"	La astucia de una mujer	14	"	Al astro espantoso
5	"	La venganza del Destino	15	SPITZMULLER	El capitán Lagarde de Jazac
6	"	El secreto de Mari-Rosa	16	"	Los amores de Francisco I y la Gioconda
7	"	Ultraje Mortal	17	"	La marquesa dolorosa
8	ESTABNE	Las cosas ven	18	"	La favorita
9	G. LEROUX	Bibi, tomo I	19	"	El misterio de mirafior
10	"	" II	20	"	El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO, EN RUSTICA

2,50 PÉSETAS

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS